

UNA CRUZ EN LEYRE

POR DANIEL BIDAURRETA

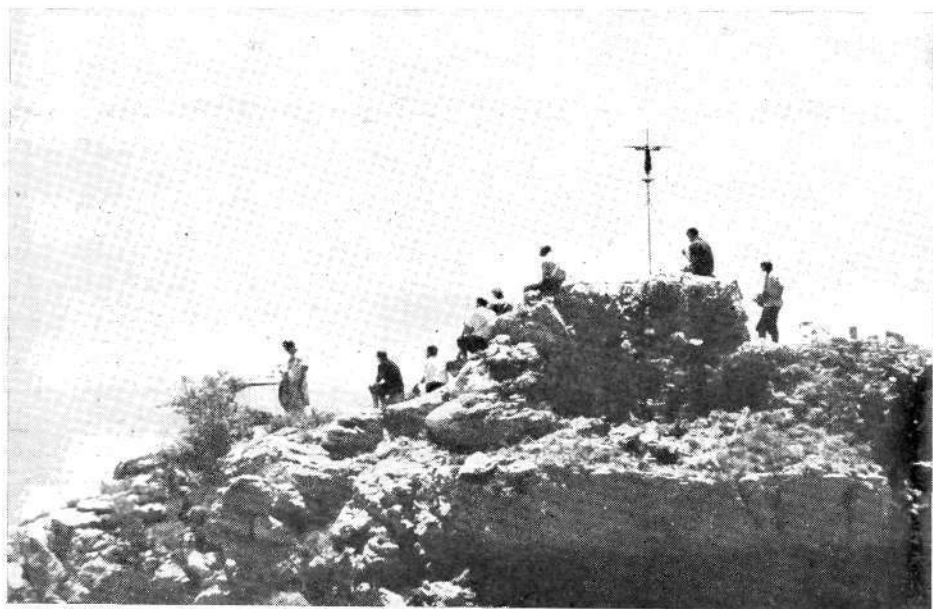
El monolito de Leyre es conocido de los lectores de Pirenaica por haberse asomado en más de una ocasión a sus páginas. No lo traemos de nuevo a la revista, para relatar como en las otras ocasiones las peculiaridades de sus vías difíciles y voladas. Hoy queremos reseñar con el goce de una tarea cumplida la realización que los del Grupo de Escalada del Deportivo Navarra efectuamos en aquel peñasco vertical y salvaje el pasado día 29 de junio, festividad de San Pedro.

Desde hacía tiempo teníamos los de este Grupo la idea de dejar en algún punto característico de nuestras andanzas, un testimonio de fe religiosa sin que supusiera su realización ningún alarde ni demostración, sino simplemente lo dicho, un humilde testimonio de nuestra fe religiosa, consistente en algo sobrio y de buen gusto. Elegimos Leyre para realizarlo. La sierra de Leyre, si no la conoces lector, vete alguna vez por allí; es áspera y sobria como casi todo en estas tierras de Navarra, aunque grandiosa también, como preludio de las nieves pirenaicas que ya caen muy cerca. En esta sierra, sobre la antiquísima Abadía está el monolito, el peñasco salvaje y vertical que fue escalado tras duros esfuerzos por alpinistas catalanes en 1946. Hoy este monolito ya es más humano. Parece que ha perdido bastante de su altiva fiereza de 60 metros de roca solitaria y hostil, para convertirse en un pedestal de 60 metros para un Crucifijo. Veamos cómo sucedió eso.

Elejimos que fuese un Crucifijo vestido, con cingulo a la cintura al estilo de esos Cristos románicos primitivos que nos enseñan dentro de su inexpressividad un rostro transido de angustia. El sayal con sus mangas fue realizado en gruesa chapa de hierro forjado a mano sobre el yunque hasta darle la forma deseada. La cabeza, manos y pies que sobresalen del sayal, fueron fundidos en bronce sobre modelos hechos previamente en cera. Quedamos satisfechos sin reservas, cuando pudimos contemplar por vez primera el conjunto de hierro y bronce, y cuando todo ello fue clavado a la cruz de hierro, nuestra satisfacción fue completa. El conjunto inspira devoción y «va» con el paisaje agreste de la sierra de Leyre. En aquella sierra donde el agua no abunda y se huele en los carasoles a romero y manzanilla, es un Cristo identificado con su contorno, sin sombra de esa blandenguería a la que nos tienen acostumbrados los fabricantes de «arte religioso». Una inscripción en letras de cobre reza al pie: «ANNO DOMINI 1965».

Se pensó en un principio colocar la Cruz directamente sobre la roca en el pequeño promontorio de la cima, pero después los monjes de la Abadía, nos hicieron ver que de esa forma no se iba a ver nada desde abajo, lo cual no deja de ser bastante egoísta por nuestra parte. Decidimos en consecuencia, poner primero una barra de metro y medio fijada con cuatro vientos de sirga metálica, colocando a continuación el Cristo con dos tornillos cruzados. De esta manera el conjunto alcanza una altura de 2,30 metros aproximadamente. Gracias a la buena idea de los Monjes, se ve el Cristo, especialmente desde la Puerta de la Iglesia, la famosa Puerta de la Gloria, llamada así porque fue considerada en tiempos como una réplica del conjunto compostelano. Desde este punto la Cruz tiene por fondo el Cielo y se puede ver a simple vista.

Pero no solamente quisimos izarla y colocarla, sino llevarla a hombros desde Pamplona y al efecto el 26 de Junio sábado se empezó el traslado encargándose de cubrir el recorrido de 60 kms. tres parejas a turno. La última llegó a la Abadía



Fotografía tomada con teleobjetivo de la cumbre del monolito durante la celebración de la Misa. (Foto Bidaurreta)

el domingo a las 9 horas y para entonces, estaba la comunidad esperando un buen trecho antes, con el abad al frente. De esta manera entraron todos en procesión, resultando un acto conmovedor. Anteriormente otra cordada del Grupo había escalado el monolito, colocando unas escalas de espeleología que el día de San Pedro se utilizaron para que subiesen por ellas, aseguradas desde arriba, las 17 personas que estuvimos presentes en el acto. La subida y bajada por escalas resulta de por sí atlética, pero en este caso resultó también impresionante, ya que de los casi 60 metros, unos 40 caen totalmente en el vacío debido al extraplomo uniforme que barre toda la cara Norte.

A pesar de todas las dificultades, el día 29 estaba todo preparado. No nos faltaba ni tan siquiera el P. Fermín Ramos, monje benedictino de la Abadía de Leyre para celebrarnos la misa, y una representante del bello sexo, Merche Azanza. Porque efectivamente se celebró la Misa en la cumbre, la más bella misa que hemos oído. No olvidaremos jamás la figura del P. Fermín ante el elemental altar de campaña instalado junto al vacío, para que todos los que estaban en la ladera de la sierra pudiesen seguir la celebración; con la casulla al viento, y como fondo de aquel día radiante el pantano de Yesa, que casi parecía llegar hasta Peña Oroel y San Juan de la Peña. Y en el momento de alzar, lo inesperado: un sangüesarra con su txistu empezó a soltar con esmero y finura las notas señoriales y pastoriles del instrumento.

Todo se desarrolló con normalidad y uno a uno fuimos desalojando la cumbre. Al final quedó el Crucifijo solo sobre su descomunal peana con sus brazos abiertos amorosamente como para abarcar todas las tierras que desde allí se divisan, y esperando que permanezca muchísimos años bendiciéndolas, desde su inaccesible sitio.

De vuelta a la Abadía, nos reunimos todos para comer en la Hostería, envueltos en un ambiente de íntima satisfacción.